





# *Cómo hablar en público*



José Carlos Aranda

# *Cómo hablar en público*

*TÉCNICAS PRÁCTICAS PARA  
ENFRENTARTE CON ÉXITO A CUALQUIER AUDITORIO,  
A UN DEBATE, A UN MEDIO DE COMUNICACIÓN,  
A UNA ENTREVISTA DE TRABAJO...*



**Berenice**

© José Carlos Aranda Aguilar, 2015

© De esta edición, Berenice, 2015  
[www.editorialberenice.com](http://www.editorialberenice.com)

*Primera edición: febrero de 2015*

Editor:  
David González Romero

Maquetación y corrección:  
Deculturas S. Coop. And.

Impresión y encuadernación:  
Gráficas La Paz

ISBN: 978-84-15441-78-6  
Depósito legal: Co-8-2015  
Ibic: CBP; KJP; CJCK

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Impreso en España / Printed in Spain

*«El contenido es más importante que la forma, pero en el fondo todo es forma. Si tienes un buen contenido y no eres capaz de transmitirlo de manera agradable, no vas a ningún sitio.»*

Carlos Valverde, ganador de la IV Edición del Campeonato Mundial Universitario de Debate en Español, México, 2014. Estudiante de Derecho y LADE en La Universidad de Córdoba. *Diario Córdoba*, 5-VIII-2014.

*A Juan Carlos Aguilar de Alba que supo mostrarme la belleza que se esconde tras las palabras y tras la vida, que me enseñó que un «maestro» solo lo es cuando logra tocar el alma de un niño para verla crecer feliz.*





## PRÓLOGO

El arte exige tiempo, esfuerzo y método. Aprenderlo dura toda la vida y compromete toda la persona. Nunca se llega a dominar, aunque él puede llegar a dominarnos a nosotros.

Nosotros —los estudiantes de enseñanzas medias, los universitarios, los funcionarios, los políticos, los clérigos, los cansinos indignados a media jornada— navegábamos satisfechos por nuestro ambiente cultural hipotenso, sin otra preocupación que ir acumulando trienios en el escalafón de la vulgaridad, cuando aparece un brillante lingüista y profesor cordobés —el Dr. José Carlos Aranda—, escribe un libro sobre el arte de hablar y nos enfrenta a nuestro vocabulario de trescientas palabras y a nuestra voz monótona de granizo golpeando sobre un tejado de plástico. ¿A quién puede interesar su propuesta de belleza en una sociedad de parlamentarios por escrito, de conferenciantes de papel, de profesores cibernéticos, de malos lectores; un mercado poco exigente de adjetivos escasos y sin color, de frases hechas, abundantes repeticiones, muletillas, tacos...? Toda esa torpeza idiomática desemboca en el esplendor moderno de la inteligencia líquida, que es una capacidad volátil, acomodaticia, sin puntos de referencia, una inteligencia gratuita. Vivir como si uno fuera tonto sale más económico.

Nos consuela pensar que las cosas seguirán como estaban antes de la publicación de este libro. No perdonaríamos a su autor que hubiera contribuido a mejorarnos.

La Oratoria pertenece a las Bellas Artes, aunque no la incluyan los catálogos. Crea y expresa belleza con las palabras y requiere el ejercicio del entendimiento. ¿Acaso hay más belleza en *Los girasoles*, de Van Gogh, en *El beso*, de Gustav Klimt, o en la *Apasionata*, de Beethoven, que en la *Pri-*

*mera Catilinaria*, de Cicerón, en el *Discurso del Sinaí*, de nuestro Castelar, o en el discurso de toma de posesión de Kennedy?

Lo primero que uno descubre con la lectura de este libro es una inteligencia, la del autor, puesta en orden por el lenguaje. José Carlos Aranda es lenguaje y es en el lenguaje. También su personalidad es lingüística, porque la personalidad tiene que ver con un uso determinado del lenguaje. El Dr. Aranda se pasea con soltura y con conocimiento, con familiaridad, por los amenos prados donde habitan y esperan las palabras: vocabulario, selección y asociación, dicción, emoción.

El autor sigue la doctrina de los clásicos, porque es un humanista y conoce muy bien a los más grandes. Desde esa perspectiva —y en ella se instala el espíritu del libro—, hablar bien se compone de dos elementos inseparables: calidad en el contenido del discurso y expresividad en el recitado del discurso. Estos fundamentos se construyen con ayuda de una buena cultura y un adecuado control de la emotividad. Cuando el orador compone su discurso, se convierte en autor, y cuando lo recita, en actor. Y el discurso no es un trabajo acabado hasta que el orador lo ejecuta ante el público. La esencia interior que inspira el discurso, su sentido, su fuerza para persuadir están en la pasión que se pone al decirlo. Sin ella, el mejor texto queda reducido a una sucesión de frases anémicas, desvitalizadas, un sudario de aburrimiento extendido sobre el público. El autor resume bellamente estas ideas, en las que insiste en el libro: «Convince más quien habla desde el corazón. La preparación del corazón es tan importante como la preparación de la cabeza».

Desde hace más de dos mil años se conoce con precisión el secreto de la oratoria: la pronunciación, el recitado, la acción. Si el orador no logra alcanzar la categoría de actor, no es un orador. Puede desenvolverse con soltura por el paisaje desteñido de la comunicación, pero el arte es otra cosa. Y no todos estamos obligados a ser artistas, aunque todos estemos llamados; porque en cada hombre hay una vocación callada de belleza, un anhelo sin fraguar de eternidad.

Sería hermoso, en esta civilización de la imagen, ver a Demóstenes, a Sócrates, a Mirabeau, a Alcalá Galiano, a Castelar, Azaña, Churchill sin maquillaje, sin una adecuada combinación de colores en su aliño indumentario, sin la atenuación cosmética de los brillos de la calva, sin retoques quirúrgicos, enfrentándose a los nuevos políticos en una cadena de televisión, y a ver qué pasaba.

El hablador moderno cuida exageradamente la apariencia, también cuando la descuida. No podemos saber, aunque lo supongamos, si lo hace porque no tiene nada más profundo que cuidar. Con la obsesión por el aspecto exterior que hay que ofrecer al público, ocurre lo mismo que decía Baudelaire de la vanidad: «Hay que dejar la vanidad a los que no tienen otra cosa que exhibir».

De tal manera es decisivo el actor en la Oratoria, que el sonido –la entonación- puede cambiar el significado de una palabra. José Carlos Aranda insiste muy agudamente en este libro acerca de la musicalidad del lenguaje, la sonoridad de la voz, el ritmo expresivo. Todo eso influye de tal manera en el dominio de sí mismo, que manejarlo con destreza puede aliviar muchos problemas emocionales del orador. Con frecuencia, siempre, la música de las palabras tiene más influencia en el público que el sentido de las palabras.

Es mérito de José Carlos Aranda la distinción entre grandes y pequeños auditorios, hecha con una intención deliberada: adaptar a estos tiempos el arte del discurso, sin que desfallezca la exigencia de rigor intelectual y la búsqueda de la belleza. Dedicó páginas de mucha calidad y penetración psicológica al fundamento y la técnica de la entrevista, páginas que han de resultar muy provechosas a los jóvenes buscadores de ese tesoro contemporáneo que es el trabajo. José Carlos Aranda, que viene de los clásicos, como ya se ha dicho, los complementa con una aportación rigurosamente actual: el arte del bien decir aplicado a informes y charlas en pequeñas reuniones empresariales, y en entrevistas de trabajo, radiofónicas, televisivas.

Aunque el orador existe en función del público, no hay que sobrevalorar el número de asistentes a un discurso. Siempre se habla, se escribe o se toca el piano para una docena de personas. El buen profesor, si tiene un buen día, llega a media docena de alumnos. El resto se queda como estaba. Por eso juzgo de tanto interés el concepto de pequeños auditorios que desarrolla el autor, y cuyo sentido puede aplicarse también a los no infrecuentes supuestos de poco público asistente a una conferencia.

El público, como coprotagonista del discurso, está muy presente en este utilísimo tratado del arte de hablar. Si el orador ignora que el público es tan importante como él, que le acompaña no sólo en las butacas, sino en el escenario también, no producirá nada que merezca la pena. De ahí que el discurso leído sea una traición al público, porque encadena al orador, le

da rigidez, obstaculiza el contacto visual, dificulta la proyección de la voz, que se estrella contra la mesa o el atril, recorta los gestos, disminuye la expresividad y, en definitiva, impide aprender a hablar bien. La Oratoria es espectáculo y requiere la puesta en escena del discurso.

El público no va a oírnos pensar, sino a oírnos sentir. Cuando el público quiere pensar, lee a Kant. Pero no siempre quiere, y entonces acude a la oratoria, que es la suplencia emocional de la filosofía. El público no necesita al orador. El público ha podido pasar toda su vida sin el orador, y sin el orador le ha ido aproximadamente bien, y no echaba de menos al orador. Es del orador de quien depende que el público haga un descubrimiento y salga de la sala diciéndose: Y pensar que he tardado cincuenta años en conocer a este artista...

El autor, que trabaja en la enseñanza y ama la enseñanza, respira por la herida desde la primera página. Se duele del poco interés que el sistema educativo tiene por la enseñanza del arte de hablar. Los alumnos no aprenden a expresarse en la lengua propia porque están demasiado ocupados aprendiendo idiomas extranjeros. Es lo que Borges llamaría una cultura de conserje de hotel. De este modo, toda la vida tendrán pendiente lo más importante, que es el conocimiento de la lengua madre, en la que han nacido y se han desarrollado, aunque poco. Es ese idioma el que hay que aprender y amar hasta el arte, porque es el que da calor y color a nuestra vida. Ignorar la lengua propia es vivir a medias. Hay esperanza, no obstante. Porque no debemos confundir la formación personal con el sistema educativo. Aquella no termina nunca, y la hermana muerte ha de sorprendernos con un libro pendiente de leer —que acaso podríamos llevar con nosotros en *el viaje definitivo*, para entretener la espera—, un discurso pendiente de pronunciar —quién sabe si en la vida eterna habrá tribuna de oradores, lo más probable es que la palabra sobreviva a la humanidad, ya que fue la Palabra quien creó el mundo—, y con el epitafio anticipadamente redactado: qué poco sé de lo poco que sé. Y se quedarán los pájaros cantando.

«Ni el Ministerio ni la Academia ni la Universidad forman al hombre —escribió Umbral—. Sólo forman, como dijo Juan Ramón, “los libros que leemos a escondidas en las copas de los árboles”.» Para formarme, he leído yo este libro de José Carlos Aranda acomodado en una encina de doscientos años. Entre el autor y el árbol, algo se me pegará para pasar el invierno.

\* \* \*

Ha pasado un año y todo sigue igual en nuestras vidas. Nosotros teníamos pensado cambiar en cuanto pasen estas fiestas o estos trabajos o estos trastornos; nosotros siempre estamos a tiempo. ¡Ah, si nosotros quisiéramos, qué no habría de suceder! Y cualquier tarde, el azar inmerecido nos depositará en una conferencia o discurso o clase o charla del profesor Aranda. Y nos acordaremos de este libro que él nos escribió y de lo cerca que estuvimos entonces de empezar a familiarizarnos con la belleza del lenguaje. El autor ya hizo todo lo que estaba en su mano para ayudarnos a mejorar. Nosotros, probablemente, también. Y se quedarán los pájaros cantando.

José Javier Amorós Azpilicueta.



## CAPÍTULO I

### ANTES DE EMPEZAR A HABLAR

#### ¿A QUIÉN LE GUSTA HABLAR EN PÚBLICO?

Hablar en público es la gran asignatura pendiente. Y es curioso cómo todo nuestro conocimiento y habilidad, toda nuestra capacidad de análisis y nuestras conclusiones, todo nuestro esfuerzo de poco o nada nos sirven si no somos capaces de transmitirlo a los demás. Es más, el ser capaz de comunicar es el valor añadido más importante en el mundo moderno. Las nuevas tecnologías están cada vez más presentes en nuestras vidas. Todos usamos teléfonos móviles de enorme sofisticación, usamos las redes sociales para establecer y mantener contactos, nos comunicamos por videoconferencias y enviamos continuamente correos electrónicos... Pero cada vez dominamos menos el arte de transmitir y convencer en las distancias cortas.

Me gustaría que pensarais un momento cuántos de los conocimientos adquiridos durante los estudios os son útiles en vuestra vida laboral. Lo realmente valioso que nos quedó de aquella etapa fue el desarrollo de habilidades que hoy usamos aplicadas en mayor o menor medida: capacidad de análisis, concentración, memoria, síntesis... Los conocimientos teóricos que tanto esfuerzo requerían en su momento fueron un mero instrumento para alcanzar el desarrollo de unas habilidades que hoy nos permiten desempeñar bien nuestro trabajo. Pero ¿en cuántos trabajos se requiere resolver raíces cuadradas, comentar un poema, recordar las fechas del reinado de Carlos III o recordar los símbolos químicos de la tabla periódica? Y, ¿en cuántos trabajos el éxito o el fracaso depende de nuestra capacidad de comunicar, de algo tan sencillo y cotidiano como es hablar? Desde un camarero a un director ejecutivo dependen de su capacidad de comunicación, cualquier actividad comercial está directamente ligada a nuestra

capacidad de persuasión, cualquier actividad docente, cualquier actividad humana... Miles de trabajos están ligados a una buena comunicación. Y, quien domina el arte de hablar en público, tiene un enorme valor añadido y multiplica sus posibilidades de éxito profesionales en todos estos sectores. Sin embargo, no es algo que se trabaje en nuestros centros escolares de forma específica; es más, yo diría que se rehúye por cuanto supone un esfuerzo adicional de controlar las emociones negativas, miedo y vergüenza, que produce el rechazo instintivo de los escolares. Programar el que los alumnos preparen un intervención de cinco minutos, considerando el tiempo que necesitamos para organizar y centrar la actividad en el aula, con grupos de treinta a cuarenta alumnos, requeriría de cinco horas de clase, solo para una sesión que, por sí misma, sería insuficiente. El resultado es que se relega como algo secundario una de las habilidades más importantes que podríamos enseñar y practicar de manera específica.

Somos seres sociales, el contacto directo con los demás es imprescindible y seguirá siéndolo en el futuro. Será «la gran habilidad» buscada y requerida por multitud de empresas y lo será porque las nuevas tecnologías —redes sociales, *tablets*, teléfonos móviles, Wii, videojuegos...— están actuando en deterioro de estas capacidades al potenciar el individualismo y la incomunicación social. Por muchos foros en los que intervengamos, no existe auténtica comunicación sin la interacción directa y la inmediatez de respuestas, el resultado es que nunca antes hubo tanta comunicación general, nunca como ahora ha existido tanta incomunicación real humana. Y esa habilidad, la capacidad de asumir el protagonismo en una reunión y expresar tus pensamientos de forma ordenada y persuasiva, es algo que podemos cultivar y adquirir para que actúe como motor de éxito en nuestras vidas. Podemos aprender y debemos ejercitarnos. Lo que os propongo a continuación es revisar las técnicas básicas para conseguirlo, los errores que nos conviene evitar y los recursos que necesitamos practicar para hablar en público sin miedo y sin complejos. El resto nos lo dará la práctica.

### **¿POR QUÉ ES TAN DIFÍCIL HABLAR EN PÚBLICO?: «EL PEOR FRACASO ES NO INTENTARLO»**

Desde muy pequeños hay dos emociones que se integran en nuestras vidas: el miedo y la vergüenza. Ambas emociones nacen de la inseguridad en no-